

Miguel Serrano

El libro de los herederos

 ediciones
ÁMBAR



Una llamada telefónica

El hombre que dormía sobre las sábanas abrió repentinamente los ojos. La ausencia total de luz que le rodeaba no le permitió siquiera adivinar la hora que marcaba el reloj sobre la mesilla. Pero la costumbre de vivir en aquel cuarto durante muchos años le hizo mirar hacia una dirección específica, la misma de la que provenía el monótono tictac, que ya no era capaz de imponerse al latido acelerado de su corazón. Sin ver nada, mantuvo los ojos en el punto de donde venía el sonido, esperando que algo más sucediera. Y no sucedió. Respiraba con fuerza y notaba el sudor en la camiseta, pero aquella noche, a pesar del calor, prefirió mantener la persiana cerrada, abrigándose en una oscuridad densa y pegajosa que le impidiera ver nada alrededor, que le dejara a solas con sus latidos, con su esperanza. No podía distinguir el despertador, ni las viejas zapatillas que había dejado al lado de la cama, ni el cajón donde guardaba un sobre que contenía un trozo de papel en el que estaban impresos los números «254». Tampoco podía ver el teléfono. Durante unos momentos su corazón continuó retumbando contra las paredes de la habitación y al cabo de un rato, los latidos comenzaron a apaciguarse. Volvió a respirar con calma y se descubrió relajando los puños, que habían aferrado con fuerza la almohada. Poco después se volvió a quedar dormido. Pasó un tiempo indeterminado.

El hombre que dormía sobre las sábanas abrió los ojos de nuevo y se quedó sentado, dirigiendo su mirada a la ventana, que permanecía hermética. Había silencio, un silencio absoluto y vacío. Aguardó unos instantes hasta que el timbre del teléfono quebró la calma y la quietud de la noche, la más calurosa de cuantas recordaba. Abrió una persiana cuyo quejido le recordó vagamente al sonido que producen los barcos de madera al escorarse en el mar, antes de zozobrar, o eso le pareció. Al levantar las primeras lamas, la oscuridad espesa que lo envolvía pareció llenarse de estrías y contraerse hasta desvanecerse y la habitación quedó iluminada apenas por las luces macilentas de las farolas de la calle. Agradeció la breve, muy breve brisa que entró en la habitación. Sus ojos solo distinguían matices oscuros y sepias, y las paredes, la mesa, el teléfono, el reloj y las zapatillas le parecieron como sacados de fotografías antiguas. El teléfono seguía sonando. Entraban por la ventana los sonidos propios de una ciudad en una madrugada de verano; algo de tráfico, el ronroneo de máquinas de extracción de aire, ventiladores, algún chasquido metálico. Sentado en la cama dejó que el teléfono sonara un par de veces más mientras abría una cajonera de la mesilla sobre la que el reloj marcaba cerca de las tres. Del cajón sacó un sobre, y de él, un papel. Lo miró. Descolgó el auricular y guardó silencio. Al otro lado del teléfono, tras unos segundos, una voz distante dijo:

—Robert. —Hacía mucho tiempo que no lo llamaban por ese nombre.

—Sí.

Silencio de nuevo. Por fin oyó de nuevo la voz.

—Ya no eres el más grande.

Contuvo la respiración y miró a través de la ventana, a través de las calles, a través de todo el tiempo que lo separaba de la tarde por la que nunca fue olvidado. Durante un segundo la brisa desapareció, como si contuviera su aliento, y al instante siguiente el viento se desató y entró por la abertura, haciendo crujir todas las lamas. En la calle las copas de los árboles se agitaban furiosas y

surcaban las aceras bandadas de hojas, pájaros y papeles, que se habían vuelto locos de pronto. Seguía mirando a través de la ventana, pero todos los ruidos del viento, las lamas, los árboles y las calles dejaron de llegarle con nitidez. Primero se hicieron borrosos, luego no oyó nada más. Notó una leve punzada en la nuca y también sintió cómo los párpados se le tensaban. Se mordió el labio inferior sin darse cuenta. Agachó la cabeza y comprobó que sus manos habían arrugado involuntariamente el papel que sostenían. Por fin, respiró y dejó que el olor de su ciudad le invadiera, limpiándole por dentro, llenando sus pulmones, su corazón, su alma.

—¿Ha sido él? ¿Ha sido Carl?

Silencio.

—No. El otro.

—Gracias.

Colgó el auricular. De nuevo se miró las manos. Se acercó a la ventana y rompió el papel, dejando caer los pedacitos. Después de llevarse todos los trozos, que fueron alejándose, formando caprichosas sombras y luces amarillentas, batiéndose, hasta hacerlos desaparecer por fin, para siempre, el viento se calmó súbitamente y de nuevo dejó paso al susurro de la brisa. Todos los elementos volvieron a cantar su rumor, algún vehículo a lo lejos, el zumbido sordo de los postes eléctricos, el crujir desacompasado de los árboles; el pulso débil de la noche volvió a acompañarlo. Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar, como solo lo había hecho otra vez en su vida, más de veinte años atrás. Se arrodilló en la cama, hundió la cabeza en la almohada y siguió llorando un largo tiempo, nunca pudo decir cuánto, hasta que se quedó dormido.



PRIMERA PARTE



I. El fuego en los pies

—¡Bob! Es el turno de Gary. Luego vas tú. Lo tienes hecho.

Trataba de concentrarse, con la cabeza escondida debajo de una toalla. Solía aislarse de todo, perder por completo el contacto con la realidad. Necesitaba conjurar el ritual cada vez. Solía visualizarse, como si saliera de su cuerpo y se convirtiera en espectador de sus propios movimientos. Imaginaba de forma nítida, casi vivía los breves instantes que tenía que afrontar. Solo oía su corazón y un rumor suave, como el mar que se oye dentro de una caracola. Su mente era dueña del mundo, y en su imaginación todo se volvía de un azul profundo e inmenso. Luego aparecía una luz al fondo, primero pequeña y tenue, apenas un destello, como una única estrella en un firmamento nocturno. Luego la luz iba creciendo e iba iluminando el camino que tenía delante, un camino estrecho, rojizo y recto que acababa unos metros más allá. En aquel instante sentía una corriente que le nacía del interior, que iba cobrando fuerza. Era como notar que un remolino de viento se formaba en lo más hondo de sus entrañas, para ir ganando intensidad, cada vez más, haciéndose un torbellino y creciendo hasta convertirse en un huracán que le invadía el corazón y los pulmones, le conquistaba desde dentro. Los brazos, la cabeza y las piernas. Hasta llegar a los pies. Entonces, los pies empezaban a arder y no podían tocar más el suelo. Toda la furia de mil tormentas se apoderaba de él.

Veía esas imágenes una y otra vez. Así permanecía unos minutos. Después, cuando llegaba su turno, alguien lo llamaba. Caminaba despacio y se detenía al principio del camino que, esta vez sí, era real. Cuando se quedaba de pie, al borde del pasillo de saltos, volvía a cerrar los ojos, a repetir el ritual. La oscuridad, el destello leve, la luz que lo ilumina, y a lo lejos, el final del camino. Luego la brisa, el viento, el huracán. Las mil tormentas y el fuego en los pies. Finalmente dejaba que su cuerpo hiciera la parte final. Un instante antes de abrir los ojos se dejaba caer hacia delante, y justo antes de perder el equilibrio, los abría y veía cómo sus pies, envueltos en un fuego invisible, golpeaban el suelo con una furia incontenible, para transportarle en un instante a lo largo del camino y al vuelo que le esperaba al final.

Aquella tarde, sin embargo, escondido bajo la toalla, le costaba concentrarse. Se sumergía en la oscuridad, veía el destello y la luz crecía, pero no aparecía el camino. Se levantó y ocupó su posición. Lo intentaba de nuevo, pero el camino no salía a su encuentro. En su lugar, apareció el aula de un colegio. Se vio a sí mismo, muchos años antes, en el centro de la clase, donde una jauría de niños gritaba y jaleaba su nombre y el de otro adolescente, formando un corrillo alrededor de ellos. Él estaba de pie, con los ojos inundados y los puños apretados, con las piernas algo separadas y los pies firmemente plantados en el suelo. A su espalda se escondía una niña, que miraba asustada con sus hermosos ojos negros, asomándose detrás de él. Su piel era de un color tostado muy oscuro, recordaba a la madera de algún árbol exótico. Las trenzas, que le nacían de la raíz del pelo, le caían en ramas salvajes por la frente y por el cuello. Tenía la nariz hinchada, propia de quien ha estado llorando. Tocaba tímidamente, lo más probable que de forma involuntaria, la camisa de Bob, que era quien se interponía entre ella y un muchacho blanco. Bob era un niño alto para su edad, de espalda ancha. Su estampa podía intimidar a casi cualquier compañero de su clase. A casi cualquiera. Pero quien se erguía delante de él tenía la actitud de quien acostumbra a enfrentarse a peleas con frecuencia. Sonreía con aire socarrón, incluso

con cierta satisfacción. En su rostro se reflejaba perfectamente un rictus de desafío, pero no estaba exento de cierto recelo.

—¡Quítate de en medio! Esto no va contigo, va con ella.

—No te acerques. Solo te digo que no te acerques —el timbre de la voz de Bob estaba matizado por una mezcla de rabia y miedo.

—Si te apartas no tendré que hacerte daño.

El corrillo que los rodeaba se hacía cada vez más estrecho. Muchos de ellos estaban deseando ver otra pelea, algo habitual y cotidiano en aquella escuela. Otros incluso hubieran estado dispuestos a entrar en la reyerta. Los gritos de los niños, provocando, azuzando, anhelando golpes iban in crescendo. Era como si aquella marea de muchachos estuviera ansiosa de ver volar puñetazos y patadas, para jalearlos, espolearlos y seguramente tomar partido. En algún punto del corrillo, a la espalda de Bob, alguien gritó:

—¡Ricky, dale a ese lo que se merece! Es un mierda.

El interpelado, que seguía desafiante, miró hacia el instigador por encima del hombro de Bob con aire dubitativo. Él miró de reojo hacia atrás para comprobar dónde se encontraba el aliado de su rival, si bien no necesitó ver su cara para saber de quién se trataba. Su voz pastosa y su actitud servil lo delataban. Sabía perfectamente quién solía secundar las acciones del pendenciero a quien se estaba encarando. Por su parte, el propio matón parecía debatirse entre unas terribles ganas de abalanzarse sobre Bob y el respeto que este le generaba. Optó por aguantar aún un poco más, jugando otra baza.

—Te voy a partir la boca. A ti y a tu amiga la mocosa. Lárgate o...

Con gesto malicioso, se llevó la mano al bolsillo y con deliberada parsimonia, sacó una pequeña navaja que enarboló con pasmosa habilidad, procurando que Bob la viera bien, pero tratando de ocultarla con su cuerpo a la vista de los demás, sin alcanzar a entender la trascendencia posterior de este detalle. Esperó unos segundos y cuando comprobó que Bob no cejaba en su actitud y que no parecía amedrentarse ante la amenazadora presencia del arma, levantó la barbilla y se pasó la mano por la nariz, en lo que

cualquier ajeno hubiera juzgado como un gesto casual. Pero se trataba de una seña bien aprendida. Un primitivo pero efectivo método de comunicación; una orden, más bien. Entonces el que había gritado con voz pastosa dentro del grupo, salió del corrillo y se lanzó hacia la niña, aprovechando que su defensor no podía vigilar su espalda. Al mismo tiempo, pensando que podría sacar partido de la confusión, el llamado Ricky cargó contra Bob, con la navaja en alto. Al unísono todas las voces gritaron y vocearon los nombres de unos y otros. Lo que pasó en los instantes siguientes sucedió a tal velocidad que los presentes no pudieron describirlo con precisión cuando se les preguntó por ello durante la comisión que la escuela organizó a fin de imponer un castigo ejemplar y selectivo a algunos de los protagonistas de la pelea. Cuando Bob sintió un movimiento a su espalda y a la vez vio como su adversario se lanzaba contra él, reaccionó de forma extremadamente rápida, instintiva e irracional. Echó la mano atrás y cogió a la niña por el brazo. Dando un brinco hacia adelante tiró de ella con violencia, sacándola de la trayectoria del secuaz que venía por la espalda, quien perdió el equilibrio al desvanecerse su objetivo. La felina reacción de Bob le situó a escasos centímetros de Ricky que se vio sorprendido y no pudo aprovechar la ventaja que le daba tener la navaja en la mano, a pesar de que inició un torpe movimiento hacia Bob. Al verse tan cerca del arma, Bob actuó de modo instintivo, lanzando un brutal puñetazo al rostro del oponente que rebotó en el aula con una sonoridad seca y crujiente. El impacto fue tan violento que Ricky se desplomó al instante dejando que la navaja saliera despedida con la inercia que llevaba. Esta voló por el aire y al caer rasgó la cara de su esbirro que se había desmoronado en el suelo. La herida que le hizo al lado del ojo no fue en absoluto grave pero sí muy aparatosa por la abundante sangre que comenzó a brotar. El silencio rotundo que se desencadenó de inmediato dio a la situación final un aspecto de fotografía, con una sensación irreal de inmovilidad en contraste con los fugaces movimientos que acababan de acontecer. Bob se mantenía de pie, a unos dos o tres metros de donde estaba unas décimas de segundo antes, con

la niña atenzada detrás de él. Mantenía las piernas levemente flexionadas y jadeaba nervioso, tragando el aire a bocanadas. En el suelo los dos atacantes gemían del dolor. El más grueso se llevó las manos a la cara y chilló asustado cuando comprobó que el corte de su ceja sangraba. El más corpulento, Ricky, no era capaz de incorporarse y apenas gateaba torpemente, con la mirada perdida y la nariz tumefacta, mientras su camiseta se bañaba en su propia sangre. Poco a poco, tras los primeros instantes de confusión, asombro y silencio, los anhelantes espectadores volvieron a agitarse, como si la escena contemplada no hubiera entrado en sus planes y precisamente por ello esperasen alguna reacción, alguna especie de réplica furiosa a manos de quien solía iniciar y acabar todas las peleas y que ahora se arrastraba desorientado y con la nariz rota. El grupo de alumnos, como si del público ansioso de sangre de un circo romano se tratara, volvió a entrar en ebullición, instigando a los derrotados, coreando sus nombres, tratando de incitar de nuevo a la pelea. El barullo se elevó de nuevo mientras Bob se quedaba inmóvil sin saber cómo reaccionar. Un sonoro portazo acalló de repente las voces y todas las cabezas se volvieron hacia la puerta donde un individuo de mediana edad, con semblante muy severo miraba hacia donde se encontraba Bob. Tenía los rasgos afilados, y las entradas empezaban a ganarle terreno a su pelo algo canoso. Vestía un traje de pana marrón y lucía una corbata pasada de moda. Destacaba el hecho de que escondidos y empequeñecidos más de lo que eran, tras unas lentes minúsculas, sus ojos irradiaban una furia contenida, un desdén insoportable hacia Bob. Observó la escena con detenimiento: el grupo de alumnos alterados, los dos que estaban en el suelo con visibles secuelas de la pelea y poco más allá, el espigado adolescente que aún protegía con su cuerpo a la niña. De un rápido vistazo localizó la navaja en el suelo. Muy lentamente, dejando que sus palabras fluyeran muy despacio, impregnando a cada una de ellas un odio muy sutil, pero muy arraigado, que nacía de dentro, el profesor que les daba clase de historia americana, el señor Schmidt, emitió su veredicto.

—Beamon. Esta vez ha ido demasiado lejos.

—Bob. ¿Qué haces? Se va a pasar el tiempo. Te está llamado el juez.
—Cuando abrió los ojos, seguía de pie en el pasillo de saltos. Echó un vistazo a las gradas del estadio medio vacías. Desde allí, su entrenador lo miraba confuso—. Despierta, chaval. Gary ha saltado más que tú en el último.

—¿Cuánto ha hecho?

—¿Qué más te da? Deberías estar medio metro por encima.

—Ya. ¿Pero cuánto ha hecho?

—Siete cincuenta y ocho, creo. Anda, sal ahí y salta como sabes. Llevas varios días ausente, ¿en qué estabas pensando?

—Me estaba concentrado. Ya voy.

Pero sabía que no era del todo cierto. En las últimas competiciones sentía que había perdido su don. No era capaz de centrar toda su atención en el salto. Era como si el ritual le fallara, y cuando su mente escapaba del cuerpo, en lugar de ver el camino y la luz, se trasladaba hacia atrás en el tiempo. Tenía la sensación de que todos los recuerdos, que de alguna manera había tratado de enterrar, necesitaban estar presentes, ahora más que nunca, como si su historia reivindicara en ese mismo instante un protagonismo que él no le quería atribuir. Sacudió la cabeza alejando todos esos pensamientos y tratando de evadirse de cualquier cosa que no fuera la competición. Caminó un poco por el pasillo de saltos hacia su señal de tiza marcada en el suelo. Mientras caminaba pensaba que los campeonatos estatales no debían suponer un problema para él, pero allí se encontraba, con la necesidad de recuperar el primer puesto que un rival, claramente peor que él, le acababa de arrebatarse en el último salto. Tan solo tenía que saltar como sabía, dejar que su talento y las horas de preparación dieran su fruto, sin dejarse influir por nada que le pudiera distraer. En casi cualquier entrenamiento podría haber saltado sin problemas la distancia que hoy suponía una barrera entre la victoria y la derrota. El juez levantó la bandera blanca. Su turno. Cerró los ojos y evocó la oscuridad que siempre lo reconfortaba, agachando la cabeza. Los sonidos a su alrededor se amortiguaban hasta casi desaparecer. Bob

apenas escuchaba los gritos del público, el bullicio de los otros atletas y las instrucciones de los jueces, que le llegaban como si estuviera metido en una burbuja gigante de un cristal translúcido y grueso. La oscuridad que poblaba sus pensamientos empezó a abrirse a lo lejos, con un leve destello. La luz fue creciendo e imaginó el pasillo que tenía ante sí. Se inclinó levemente hacia delante y justo antes de abrir los ojos, en su imaginación, un hombre de mediana edad, vestido con traje marrón y vetusta corbata, le dedicó una severa mirada a través de sus lentes. Abrió los ojos y comenzó a correr. Sentía ese fuego en los pies y se aproximó con velocidad a la tabla. Hizo oscilar su cuerpo abajo y arriba antes del último impulso. Pisó con fuerza y salió volando. Arqueó el cuerpo y se recogió al final, en un gesto mecánico, adquirido. Cayó sobre la arena. El salto había sido largo y se hizo un pequeño silencio en el pasillo de saltos. Sin embargo, cuando Bob se levantó no tuvo que mirar hacia atrás para comprobar que el salto había sido nulo. No hizo ningún gesto, ninguna expresión de frustración o rabia. Al volver hacia el lugar donde había dejado su chándal, se cruzó con el juez que hacía ondear una bandera roja, indicando que Bob había pisado la tabla invalidando su salto. Era un hombre de edad avanzada, con la piel muy pálida y las mejillas sonrojadas. Sus ojos se cruzaron un instante y Bob tuvo la sensación de que incluso el juez le miraba con cierto tono de reproche. Lo peor es que no podría decir si le reprochaba haber fallado el salto, haber perdido la competición o simplemente estar allí. Dirigió una mirada rápida a las gradas y no vio a su entrenador. Sin embargo, sí distinguió a un muchacho de semblante serio y confiado, que seguía la escena con interés y en particular lo miraba a él. Se sintió extrañamente vigilado. Suponía que su preparador le estaría esperando en los vestuarios. En ocasiones le costaba tanto afrontar sus reprimendas como la propia frustración que sentía tras las derrotas. Entró cabizbajo en el pasillo que conducía a las duchas del estadio. Al entrar en el vestuario, su entrenador ya le esperaba con una expresión poco amistosa.

—No lo entiendo, Bob, de verdad. No lo entiendo. No sé qué te pasa.

—No me pasa nada. He tenido un mal día.

—Los malos días no se tienen porque sí. Además ya son varios días teniendo un mal día. ¿En qué mes estamos?

—Mayo.

—Exacto. Mayo. Hace un par de meses saltaste ocho veintinueve. Eso es saltar bien, muy bien. Eso es ponerle las cosas difíciles a Ralph Boston. Es lo que hemos estado buscando estos últimos dos años, ¿no es así? Sin embargo desde entonces parece que no te acabas de creer que lo puedas repetir.

—No es eso, Larry.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? Explícamelo, entonces. Bob, llevamos muchos años trabajando duro. Siempre he confiado en ti, creo que tienes un talento natural para saltar. Creo que el mes que viene puedes ir a los nacionales y ganarle a Ralph. Creo que puedes ser mejor que él. Pero empiezo a dudar que tú también lo creas.

—No se trata de eso.

—Te diré de lo que se trata. Ralph es un genio. Es el mejor. Ha batido el récord del mundo, ¿cuántas veces?

—Seis.

—Exacto. Seis. Desde el año sesenta encabeza el ranking americano y lleva así ocho años. Desde el sesenta y uno ha ganado todos los campeonatos nacionales. Fue campeón olímpico en el sesenta en Roma y si no hubiera tenido aquella lesión en el talón, lo hubiera sido otra vez hace tres años, y aun así quedó segundo. De acuerdo. Es un magnífico saltador. Pero ahora las cosas pueden ser distintas. Ahora estás tú, con un estilo menos depurado, pero con un talento maravilloso.

—Ya hemos hablado de eso. Estoy harto de oír hablar de Ralph Boston. Estaba en la grada.

—¿Quién?

—Él. Boston. Estaba allí. Ha estado observando la competición.

—Bien. Eso es bueno. —Esperó un poco para seguir hablando, como si pensara en las implicaciones de aquello—. Él es más técnico, pero tú eres más rápido. Ya hemos hablado que tu estilo es más primitivo, más temperamental, pero funciona. Quiero decir que lo que él tiene, la técnica, la experiencia, la inteligencia en la pista, lo podemos trabajar. Pero lo que tú tienes, el instinto, la forma de golpear el suelo cuando pisas, toda esa fuerza salvaje al saltar es única, es solo tuya. Ese es tu don. Hace dos años, con dieciocho años ya quedaste cuarto en los nacionales, y no tenías ni idea de qué iba todo esto. El año pasado, otra vez cuarto, pero con mejor marca. Este año, en marzo ya has saltado ocho metros largos. Bob, hemos trabajado muy bien. Pero creo que ahora tienes miedo. Te pesa tener que enfrentarte a Boston.

—¿Pero tú con quién vas, con ese gallito o conmigo? —Larry fingió no haber oído el comentario de Bob.

—No es mejor que tú. Quizá lo sabe, o lo intuye, y por eso ha venido a verte. Puedes ganarle el mes que viene en los nacionales. Sin embargo, ahora, cuando más cerca estamos, creo que te entra pánico a enfrentarte a lo que puedes hacer. Hoy no has pasado de siete y medio, y te gana ese Gayle o como se llame.

—Gary.

—Me da igual. La verdad es que no sé qué estamos haciendo mal. No sé lo que te pasa, pero sales a competir con miedo, perdido, sin prestar atención.

—Sin embargo el último salto de hoy ha sido bueno.

—Sí, muy por encima de ocho, seguramente. Eso es lo raro. De repente, en algún salto aislado parece que quieres volver a hacerlo bien, pero siempre entras pasado de vueltas y acabas por hacer nulo. Parece que solo sabes hacer saltos mediocres o saltos muy largos, pero siempre nulos. Estás siempre en los extremos. Aunque tú eres mejor que todo eso.

—Larry, necesito aclararme. En las competiciones me vienen a la cabeza un montón de cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas. ¿Viste al juez? El de la bandera.

—Claro.

—Me estaba mirando.

—Muy sutil, Bob —dijo con ironía—. Tiene que mirarte. Si no, no puede controlar el salto.

—No es eso. Me miraba de otra forma. Cuando salté el último e hice nulo, al pasar por delante de él me estaba mirando... No sé... Como si se alegrara de que hubiera fallado. Como si estuviera feliz de verme fracasar, o incluso como si yo no mereciera estar allí. Era evidente que prefería que ganara Gary.

—¿Y por qué iba a preferir eso?

—Porque Gary es blanco.

Los espectadores japoneses vibraban y animaban de forma incondicional a los colosos que poblaban el estadio de Tokio. Entre todas las competiciones que iban a tener lugar ese día, la que más reclamaba la atención era la que transcurriría en el pasillo de longitud. Los diarios de todo el mundo no habían escatimado en descripciones grandilocuentes, en calificaciones magnánimas, en vaticinar la gloriosa gesta que iba a acontecer como si tuviera un carácter épico muy por encima de lo deportivo, casi por encima de lo humano. «Una cita con la historia», decían algunos. «King Carl a por su último trono», decían otros. Durante la tarde, el viento había soplado con fuerza, pero cuando la competición comenzó, pareció que todos los elementos respiraban en una calma tensa. En los gigantesos videomarcadores del estadio, los primeros planos del protagonista, al que llamaban el hijo del viento, reflejaban concentración. Y convicción. Su mirada decidida no contemplaba otra posibilidad que la victoria. Pero no una victoria cualquiera. Quería vencer a la historia. Quería ser el amo del tiempo. Quería llegar más lejos de lo que nunca antes había llegado nadie. Ni siquiera aquel atleta cuyo salto apenas recordaba haber visto de niño en la televisión, pero que conocía a la perfección porque lo había admirado en vídeo cientos de veces. Él quería por fin su trono. El hijo del viento. Le llamaban así porque podía correr como el viento. Porque nadie había corrido tan rápido como él. Porque cinco días antes, el 25 de

agosto de 1991, había sido el atleta más veloz de cuantos jamás existieron. Pero sobre todo, le llamaban el hijo del viento porque podía saltar y volar como el viento. Era él, el hijo del viento, quien debía saltar como no lo hubiera hecho nunca nadie.

Merodeaba por la pista como un felino enjaulado, ansiando que pasaran los minutos para encontrarse por fin con aquella cita con la historia. Tras muchos años de éxitos en la alta competición, de haber sido reconocido como el mejor atleta de la historia, Carl Lewis se encontraba en su punto de madurez deportiva. Su talento innato y su técnica impecable ya contaban con la experiencia necesaria para enfrentarse al reto de rejuvenecer la tabla de récords del mundo, cuya página más antigua tenía ya veintitrés años.

Cuando el juez le indicó su turno, Carl fue al pasillo de saltos. Corrió como el viento, saltó como el viento. Su primer intento fue un salto muy largo, pero no alcanzaba aún el umbral que tenía fijado en su cabeza desde hacía muchos años. Al levantarse del foso de arena sonrió. Un buen arranque. Lo primero era ganar el campeonato del mundo, dejar la competición encarrilada. Después ya tendría tiempo de encontrarse con Beamon.

—Ya estás otra vez con las mismas, Bob. Qué más da que Gary sea blanco. Siempre estás con esas cosas en la cabeza.

—No sé. En ocasiones tengo la sensación de que no soy bienvenido. No aquí.

—No digas tonterías. Eres un atleta. Un atleta muy bueno y esto es una competición de atletismo. Deberías preocuparte solo por eso. Nada más. Llevas unos días en los que no te concentras. No quiero que echemos a perder todo el trabajo solo porque a ti te parece que al juez no le gustas. No es el juez, Bob. Eres tú. Tú eres quien debe saltar, quien debe demostrar a todos que sí eres bienvenido, que lo eres porque eres el mejor. Boston no es precisamente un paliducho y no tiene...

—¡Deja de hablar de él!

—¿Qué te pasa, chico? Hace un par de años no hablabas de otra cosa. Querías enfrentarte a él y ganarle, y ahora con solo oír su nombre te quedas blanco.

Dejó que el último adjetivo causara el efecto deseado. Bob lo miró iracundo.

—Es un engreído. Durante este año cada vez que he competido contra él se ha pavoneado con su victoria. Sin embargo el día que salté ocho veintiuno ¿qué pasó?

—No sé qué pasó. ¿Qué pasó?

—Sí que lo sabes. Que Ralph, estando inscrito, no saltó. Se lesionó calentando *justamente* ese día.

—Mira, eso puede pasar. Puede ser que se lesionara calentando. También puede ser que sea un tipo muy listo, te viera muy fino y decidiera no saltar. Así no te concedía una victoria. Incluso puede ser al revés. Que fueras tú el que, al ver que él no competía, lo hicieras mucho mejor. Así puedo seguir dándote decenas de versiones verosímiles de aquel día, pero lo único cierto es que tienes miedo a ganarle.

—No, a mí no me da miedo.

—Ya no eres un crío. Ahora estás empezando a ver competiciones de verdad. Esto ya no es un juego. Cualquier estrategia vale.

—Hay que jugar limpio.

—Pero no competir es perfectamente limpio. Es tan limpio que meses después tú sigues sin haberle ganado nunca y cada vez tienes un bloqueo mayor cuando él está en pista.

—De todos modos. Fíjate cómo se comporta. Es como si despreciara al resto.

—Ya te lo he dicho, Bob. Esto es alta competición, no es un patio de colegio; todo vale. Es parte de su fortaleza. Estoy seguro de que no es más que una pose.

—Que se joda. Que se jodan él, sus poses y sus lesiones.

—Mira, no sé si te estás presionando demasiado. Tómate un par de días libres. Sal con esa chica, ¿cómo se llama?

—Laura.

—Exacto, Laura. Diviértete, olvídate de saltar y de mí. El miércoles nos vemos en el estadio, a las 5. Tenemos que trabajar mucho la batida.

A pesar del tono duro que empleaba cuando hablaba con él, y en particular de lo contundente que podía mostrarse cuando consideraba que Bob flaqueaba, los ojos de Larry siempre reflejaban un afecto casi paternal. Había algo en su voz que invariablemente conmovía a Bob. Era como una reverberación en madera, como si hablara siempre dentro de un auditorio hecho de roble, dando a sus palabras un matiz cálido y sobrio. Cuando acabaron de hablar y Larry se despidió, Bob empezó a desvestirse para ir a la ducha. Pero Larry rectificó y se acercó por la espalda de Bob con sigilo. Una vez a su lado, le dio un fuerte capón en la cabeza que cogió por sorpresa al joven.

—Cuando arregles toda esa ensalada de ideas absurdas que tienes dentro de la cabezota, haremos algo grande.

Por primera en vez toda la tarde, desde que había empezado la competición horas atrás hasta la conversación en los vestuarios, durante una fracción de segundo, ambos sonrieron. Luego Larry se marchó, dejando a Bob solo. Se quedó tratando de separar todos los ingredientes de lo que su mentor había llamado la ensalada. Sospechaba que todo guardaba relación, pero no sabía cómo. Entró en la ducha, y allí, bajo el agua que templaba su piel, trató de encontrar respuestas. Desde hacía tiempo, sentía que no era capaz de unir todas las piezas de su pasado, que le faltaba un sentido para todo aquello. Se arremolinaban atropelladamente en su cabeza imágenes sueltas y sonidos inconexos. Las calles del barrio donde se crió en Nueva York. Las bandas de aprendices de gángster que lo poblaban. El rostro de su madre, aún joven, consumida por unos tos impía y unas convulsiones despiadadas. Bob sentía como el agua tibia caía sobre su cabeza y su cuerpo. Las imágenes que la televisión ofrecía de la Guerra del Vietnam, o de los conflictos raciales cada vez más frecuentes en todas las ciudades de Estados Unidos. Una botella de ginebra, tras la que aparecía un hombre, que por muchas veces que vio, siempre fue un desconocido. Su

puño cerrado. Solo el sonido del golpe, nunca la imagen. Las gotas de agua le resbalaban por la piel y caían, en una danza rítmica, al suelo de la ducha. El rostro de su madre, llorando, resignada, tratando de dedicar alguna sonrisa artificial y estéril al pequeño Bob. Después de resbalar por la piel, las gotas formaban remolinos antes de perderse en el sumidero. Ese político negro, de semblante amable pero decidido, capaz de manejar las palabras como nadie, capaz de elevar el espíritu, de transmitir una esperanza que él necesitaba. «Yo tengo un sueño», decía. «Yo tengo un sueño», repitió Bob para sus adentros. Abrió los ojos lentamente.

Entre todo aquel torbellino de imágenes que lo perseguían nunca era capaz de encontrar una en particular. No había llegado a ver jamás a su padre y confiaba que algún día, mientras todos los recuerdos a floraban, le revelaran su rostro y le ayudaran a entender. Cuando salió de la ducha, las piernas le dolían y sentía su orgullo deportivo herido, pero de alguna manera, haber puesto todas las piezas juntas en su cabeza le hacía sentir bien. Aún le faltaban las respuestas, pero tenía la intuición de que había empezado a hacer las preguntas correctas.